

En capilla del Rosario de iglesia dominica se halla la más extraña bóveda del país

EL CARIBE 29 NOV 1986

000004

Por Fray Vicente Rubio O. P.

Es muy probable, por no decir seguro, que a mediados del siglo XVI era patrón de la primitiva capilla, dedicada a Nuestra Señora del Rosario, sita al centro del lado sur de la nave de la iglesia del convento de Santo Domingo, de esta primada ciudad, el rico mercader y regidor, Juan García Caballero. Era gran amigo de los frailes dominicos, por lo mismo que antes de venir a la isla Española, habíase educado, desde pequeño, en uno de los

conventos de nuestra Orden de Predicadores existente en su Castilla natal. Pero al desaparecer pronto aquí su estirpe, constituida por un hijo único, su capilla debió ser adquirida por la Cofradía del Rosario, radicada en el mismo convento. De hecho, a mediados del siglo XVII, durante el provincialato del culto y dinámico P. Fr. Francisco de San Juan, la primitiva capilla fue ensanchada hasta alcanzar el perímetro que actualmente posee; se la dotó, además, de una portada grandiosa y de nuevas bóvedas, rara la del espacio donde se situaban los

cofrades, y radial o avenerada la del presbiterio ochavado de dicha capilla.

A esa rara bóveda anexa a la del presbiterio es a la que vamos a referirnos.

Sin exageración ninguna podemos decir que ella es la más original y extraña que hay en nuestra República Dominicana. Totalmente suscribo el juicio que emite el máximo historiador de nuestros monumentos coloniales, Erwin Walter Palm, cuando al hablar de ella nos advierte que sus representaciones astrológicas "son únicas en el ambiente hispanoamericano, y excepcionales en el arte religioso de la metrópoli después de la Contrarreforma". En verdad, mencionada bóveda no tiene par en ninguna nación latinoamericana; presenta, incluso, más sencillez y expresividad, en sus escasos símbolos artísticos, que los múltiples que ostenta la abigarrada bóveda de la capilla de los Benavente en la iglesia de Santa María, de la villa de Medina de Rioseco (Valladolid, España).

Nuestra bóveda de la capilla del Rosario, en el Convento, es una cubierta cuadrada de piedra, no de yeso, como hasta hace algunos años todos creíamos, al ver sus representaciones completamente enjalbegadas con cal de deslumbrante blancura, lo cual proporcionaba al visitante la sensación de estar viendo una obra de yesería. Pero al efectuar en el año 1968 algunas reparaciones en la bóveda aludida, los obreros cayeron en la cuenta de que toda ella era de piedra, razón por la cual se procedió de inmediato a limpiarla de su recubrimiento de cal, a fin de que pudiera contemplarse en su prístina entidad pétrea. De ello informó sabiamente entonces al pueblo dominicano la ágil y culta periodista, licenciada en Historia, doña María Ugarte.

Dediquemos un momento a las representaciones que hay en esa rara bóveda.

En su clave céntrica vemos esculpido el sol, con faz de adolescente. Tiene vuelto su rostro hacia el oriente, como si no se cansara de mirar el eterno sitio del horizonte por donde cada mañana despunta con una luz nueva. He ahí un símbolo bíblico de Jesucristo, "sol iustitiae" (- Sol de justicia). La luna no aparece por ningún lado. Pero ello se debe a que, en bruñida plata, en forma de cuarto creciente, era colocada permanentemente a los pies de la imagen de la Virgen del Rosario. Precisamente la luna simboliza a la Madre de Jesús, ya que Ella carece de luz propia, por lo mismo que la que tiene en su humilde grandeza se deriva de la del sol de su divino Hijo, quien la redimió de singular modo y al que luego virginalmente Ella concibió, gestó, parió y crió. "Pulchra ut luna (-Hermosa como la luna), canta la liturgia católica acerca de María.

En derredor del astro rey, figuran ahora, esculpidas en la bóveda, diversas estrellas. Estos luceros representan a los santos, quienes con sus ejemplos nos exhortan y animan a caminar por las sendas de la santidad o justicia, conforme reza aquel texto bíblico: "qui ad iustitiam erúdiunt multis, quásis stéllae in perpétuas aeternitátes" (Dan. 12,3) (-Los que guiaron a muchos por el camino recto, brillarán por siempre, como las estrellas").

¡Sol, luna y estrellas! He ahí los primeros motivos representados en la bóveda y en la peana de la imagen que da su nombre a la capilla.

Siguiendo la dirección que en las bóvedas de crucería llevan sus nervios, aparecen aquí en relieve cuatro planetas varones: Júpiter, Mercurio, Saturno y Marte, mientras a lo largo de la base cuadrada de la misma bóveda van simétricamente



Puerta de entrada a la capilla del Rosario, en la Iglesia del convento dominico. La capilla posee la bóveda más rara y original de Santo Domingo.

29 NOV 1986

Vista de la bóveda que cubre la capilla del Rosario, de la iglesia de los dominicos. Obsérvense las figuras de cuatro planetas: Júpiter, Mercurio, Saturno y Marte. Al centro aparece el sol con cara de adolescente.

diseminados, encima de unos achatados cúmulos, Los Doce Signos del Zodíaco.

Cabe señalar a partir de este mismo instante que el artista que labró esas cuatro divinidades mitológicas y las doce señales zodiacales no era un experto en el trabajo de esculpir la piedra, pues aparte de notables fallos que comete en la anatomía de sus figuras humanas, revela en la ejecución de esa obra suya una marcada tendencia al planismo, similar en grado alto a la de algunos relieves que adornan bastantes fachadas de templos coloniales de Méjico, razón por la cual sospechamos que fuese mejicano el cantero que trabajó esta rara bóveda de la capilla rosariana del convento de Santo Domingo de nuestra primada ciudad.

Hállase representado Júpiter, "padre de los dioses", como un hombre maduro, fuerte, mayestático, en cuyo sereno rostro aparece una bien cuidada barba. Una corona real ostenta su cabeza. Viste capa y túnica cortas. Mientras su mano derecha empuña el cetro regio, símbolo de su supremo poder, con la izquierda sostiene, apoyándolo sobre el hombro respectivo, un enorme cuerno de la abundancia, porque según la mitología, él tiene en sus manos no sólo el dominio de la Naturaleza, sino también el secreto de su prosperidad. Junto a sus plantas se contempla el águila de Roma, debido a que Júpiter era considerado como el númen protector del antiguo imperio latino.

En el otro ángulo surge juvenil, robusto y alegre, Mercurio, "el dios del comercio". Lleva casco alado, al igual que alados son también los tacones de sus calzas, pues él es el mensajero que velozmente cumple la voluntad de los dioses. Sobre sus espaldas, parece caer un manto largo. Cubriendo su tronco nuestros ojos pueden ver que viste la típica loriga romana. Su diestra lleva el innamcable caduceo, formado por una vara, a lo largo de la cual van trepando—haciendo eses— dos serpientes unidas por sus colas, hasta quedar arriba con sus cabezas afrontadas—símbolo de pacificación—. Con su otra mano eleva en lo alto un compás grande, en tanto que casi escondida detrás de sus pies puede contemplarse una esfera armilar; compás y esfera representan las artes liberales de la sabiduría fundamental de todos los tiempos.

Quizás con aspecto un tanto monstruoso nuestra

mirada ve luego a Saturno, "dios de la agricultura". Muestra encasquetado en su cabeza un bonete que adopta forma de cono truncado; adórnase su rostro con poblada y luenga barba. Si su mano izquierda agarra con firmeza la guadaña, con la cual segará ubérrimas mieses de inquietos trigales, que recuerdan aquella célebre expresión de Festo: "Saturnus agrorum cultor habetur..., tenésque falcem effingitur, quae est insignia agricolae" ("Tenemos a Saturno como cultivador de todos los campos; sostiene una guadaña, que es la insignia de los labradores"). En cambio con su mano derecha, Saturno hace ademán de devorar a su inocente y recién nacido vástago.

Por fin, podemos admirar a Marte, hijo de Júpiter y de la envidiosa Juno, "dios de la guerra". Lleva cubierto su cráneo por ligero casco guerrero. Una de sus manos empuña la corta lanza con la cual aguerridamente combatió en las luchas épicas; con la otra abraza su redondo escudo para defenderse de cualquier ataque sorpresivo. Júpiter, Mercurio, Saturno y Marte.

Al ver estas cuatro divinidades mitológicas, acompañadas de los Doce Signos del Zodíaco, a cualquiera le brota esta pregunta: ¿Qué hacen aquí estos dioses del Olimpo, estas señales zodiacales, el sol, la luna y las estrellas? ¿No estarán poniendo una nota profana en el interior de un sacro recinto cristiano?

Para responder a estos interrogantes, han dado algunos eruditos ciertas explicaciones más o menos acertadas.

Alguien, por ejemplo, ha escrito que todo este tema de la capilla del Rosario tiene un sentido funerario; a otro le he oído decir que ese conjunto astral-mitológico es expresión de un saber arcano, propio de los frailes de nuestra Orden de Predicadores, como si nosotros, los dominicos, nos dedicáramos a las ciencias ocultas o a cultivar una especie de astrología secreta. ¡Disparate de disparates!

Que las representaciones esculpidas tengan sentido funerario no se deduce de tales astros ni de tales dioses del Olimpo. Plena razón le acompaña a Erwin Walter Palm cuando criticando esta interpretación dice que "desde un punto de vista tipológica nada se opondría a esta hipótesis"; pero que "en las circunstancias concretas habría que suponer no sólo otro patronazgo de la capilla, anterior a los Campuzano del siglo XVIII..., sino un

patrón que pudiera permitirse tales lujos. Dudo— sigue diciendo Palm— que en las condiciones existentes en La Española después de mediados del siglo XVI admitan pensar en una realización de anhelos personales de esa envergadura". Desde luego parece que tales anhelos no los tuvo el casi seguro patrono de dicha capilla anterior a los Campuzano, el ya nombrado por nosotros, Juan García Caballero.

Interpretar que eso es señal de las ciencias ocultas, cultivadas por los dominicos, es una fantasía de primera magnitud. Si ello fuera así, ¿por qué no aparecen tales representaciones en todos nuestros conventos del viejo y nuevo mundo en lugar de aparecer solamente en este? ¿Existe algún documento demostrativo que pruebe que los frailes de este convento santodominguense consagraban su tiempo a tales elucubraciones ocultistas? Hasta el presente, nadie ha aportado documentos de tal especie. En consecuencia, tal hipótesis es aberrante hasta dejarlo de sobra. Además, todo ello está en contradicción con nuestras leyes más antiguas aún vigentes, con nuestra más vetusta tradición escrita, con las obras de tantos dominicos ilustres que combatieron la adivinación, el horóscopo, la astrología etc.

Por mi cuenta quiero exponer aquí una interpretación personal, apuntada por Palm, pero no explicitada, sobre los motivos esculpidos en la bóveda de nuestra capilla rosariana. Para proceder con un poco de tino en mi explicación debemos tener siempre presente los puntos siguientes:

a) Que tales motivos ornamentales se encuentran dentro de un sacro recinto (lo cual excluye cualquier exégesis de tipo profano).

b) Que están en una capilla dedicada a la Virgen María (lo cual nos certifica que, de algún modo, a Ella deben referirse).

c) Que se esculpen en una época—mediados del siglo XVII— en que el barroquismo del arte y el culteranismo en el idioma se daban la mano, al utilizar dicho culteranismo—como todos sabemos— el uso y abuso de la metáfora, al propiciar audacias tremendas en el lenguaje figurado, hasta el punto de convertir la poesía en un verdadero acertijo, y, sobre todo, al explotar en sumo grado los recursos de la erudición clásica, principalmente de la mitología grecorromana (lo cual nos induce a interpretar a lo divino todo el conjunto mitológico-astral).